

QUIPU VIRTUAL



BOLETÍN DE CULTURA PERUANA - MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES - N° 17 25/9/2020

EL ALTIPLANO DE LUIS SOLORIO



PINTOR DEL ALTIPLANO

El Altiplano, en Puno, constituye uno de los paisajes más fascinantes de la geografía peruana. En la meseta del Collao, con un entorno de montañas, marca el ritmo vital el Titicaca, que se extiende a Bolivia y es el lago navegable más alto del planeta. De una de sus islas salió, según el mito, la pareja fundadora del Imperio inca. En sus punas, cubiertas de *ichu*, se domesticó la papa y se recogen los más finos vellones de vicuña y alpaca. En esas altitudes campearon los señoríos aimaras, irrumpieron los quechuas, permanecen las ruinas de los ancestros y las catedrales del barroco andino. Allí, en medio de las convulsiones sociales bajo el latifundismo, el grupo *Orkopata* impulsó la vanguardia indigenista en la década de 1920. Y allí también pasó su infancia y adolescencia Luis Solorio (Sicuni, 1955), artista que no cesa de volcar en su obra esa experiencia decisiva.

Solorio vivió sus años formativos en Juliaca, ciudad de tránsito, entonces ya convertida en un dinámico emporio comercial. Tuvo, desde niño, ocasión de recorrer la región y participar de las costumbres y festividades del entorno campesino, al que lo aproximó, además, su interés por los instrumentos musicales nativos. En 1975 viajó a Lima e ingresó a la Escuela de Arte de la Pontificia Universidad Católica, especializándose en pintura y grabado. Asistió también al taller de dibujo de Cristina Gálvez y, por su cuenta, estudió la obra de José Sabogal y otros pintores de esa corriente. Entre 1982 y 1985 vivió en Ginebra, donde hizo una especialización en grabado en la *École supérieure des Arts Visuels*. Residió en esta ciudad cuando pudo ampliar sus estudios durante un semestre en Tokio, en el taller Bikako.



Collana pampa. Témpera sobre papel, 2018

De vuelta al Perú, se estableció en Arequipa y fue profesor de la Escuela de Arte de la Universidad Nacional de San Agustín. En 1989, expuso en Lima, en el Museo de Arte Italiano, una numerosa serie de pinturas y xilografías. Pasó luego otra temporada en Suiza, esta vez en Basilea, donde siguió en el *Basler Papiermühle* un curso de fabricación artesanal de papel, que sigue produciendo y emplea en la impresión de su obra gráfica. En las últimas dos décadas, Solorio ha ejercido un magisterio personal en su taller, convirtiéndose en un referente para los nuevos grabadores de la región. Ha realizado numerosas exposiciones individuales y ha participado en mues-



Cancha Achaya. Óleo sobre tela, 2005

tra colectivas y bienales. Precisamente, una muestra itinerante de sus grabados se expuso el año pasado en la Casa de América de Madrid. A propósito de su pintura, el artista Fernando de Szyszlo señaló: «Encuentro que hay en esos cuadros una sensación muy profunda del paisaje y una vocación de utilizarlo plásticamente, ya sea contrastando formas sólidas y agresivas contra el espacio vacío, o usando la sensación dramática de pequeñas figuras en espacios ilimitados».



Coral de alpacas. Óleo sobre tela, 2004

LO QUE HAY ENTRE LOS CERROS Y EL VIENTO

OSWALDO CHANOVE*

Lo primero que llama la atención en la obra de Luis Solorio es la limpieza de su composición y lo hierático de su propuesta. La temática de Solorio son los campesinos. Es un tema muy frecuentado por artistas plásticos andinos de la primera mitad del siglo xx. Pero la visión de este artista peruano es original, en primer lugar, porque no hay ese viejo romanticismo ni alguna manoseada doctrina en su mirada. En segundo lugar, porque los campesinos que le interesan no son los de valles regados por pintorescos ríos turbulentos, sino aquellos que viven en rocosas alturas, donde es escaso el oxígeno, y lo elemental está extrañamente activo.



Cóndores y zorro. Aguafuerte, 2010



Padre viento. Xilografía, 2017

Su obra parece suspendida en un tiempo mítico. Esta actitud introspectiva ha tensado su trabajo formal desde un evidente trazo figurativo hacia el horizonte de lo abstracto. En la obra de Solorio hay un afán de síntesis, de búsqueda de esa precisa combinación de formas que lo originan todo. El discurso de Solorio no es triste, ni siquiera melancólico. Parece impresionado por el espacio que hay entre la cima y la sima. Lo inmenso se percibe al colocar en escala lo minúsculo, la figura humana.

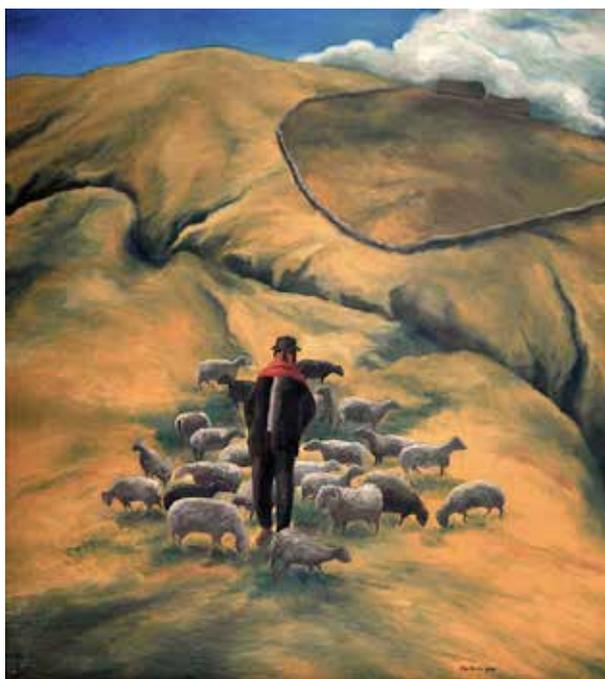
Sus años de estudio en Europa y en Japón han sido sin duda decisivos en la composición de sus obras. Solorio asegura que su convencimiento de que la concepción del arte japonés es muy diferente a la del arte europeo fue absolutamente revelador en su etapa formativa. Liberado de las convenciones de la belleza tradicional, Solorio empezó a realizar su trabajo sobre un entramado compositivo de líneas rectas donde las eventuales curvas solo sirven como vectores secundarios, elementos para ilustrar el movimiento interior en un universo cuya majestad está en su infinita persistencia. Esta gravitante inmensidad, esta abrumadora quietud detrás de todo movimiento, se traduce en Solorio en una obra marcada por la serenidad y la evocación de un lugar -un otro lugar- existente en alguna parte del alma del pintor.



De cerro a cerro. Óleo sobre tela, 2012

La gama de colores algo taciturnos nos remite quizás a la experiencia en las alturas andinas, y la presencia de formas masivas que representan montañas o accidentes de la naturaleza donde habitan pequeñas figuras humanas sin rostro, confiere a su obra un misterio que a veces se codea con la aprensión, con esa reverente actitud hacia los *apus*, los dioses de los antiguos peruanos.

¿Con Solorio se puede empezar a hablar de un nuevo indigenismo, libre ya de las obligaciones ideológicas y de las concesiones anecdóticas que lo desgastaron? Solorio asegura que prefiere no enrolarse en ese tipo de clasificaciones. Su mirada del universo indígena no tiene la calidad de lo inmediato sino que abarca el vasto territorio de pampas y montañas y allí, como un elemento intrínseco, está el ser humano, con su poncho, con sus ojotas, tocando el tambor de las fiestas rituales.



Pastor. Óleo sobre tela, 2009

*Poeta peruano. Su último libro, *El motor de combustión interna*, fue publicado por el FCE en 2018.

En la portada: *El aparecido*. Óleo sobre tela, 2015



Foto: Archivo familiar

PRESENCIA DE ALICIA MAGUIÑA

Cuando Alicia Maguiña Málaga (Lima, 1938- 2020), hija de un magistrado de ascendencia huaracina y de una arequipeña aficionada al flamenco, vivía con sus padres en la ciudad de Ica, dos tempranas experiencias marcaron su vocación musical: oír por radio el vals «Todos vuelven» de César Miró, en la voz de Jesús Vásquez, y escuchar los nostálgicos huainos que cantaba en quechua una joven empleada doméstica de las serranías de Apurímac. De nuevo en Lima, Alicia Maguiña compuso a los 16 años el vals «Inocente amor», e inició así, desafiando convenciones y prejuicios, una de las más valiosas trayectorias de la música peruana durante la segunda mitad del siglo xx.

Compositora e intérprete, la artista grabó su primer disco en 1957, gracias al entusiasmo del propio César Miró. A lo largo de su carrera, supo alternar y ahondar con igual destreza en géneros de la costa y los Andes, uniendo a su talento el rigor de la investigación. En los ritmos costeños tuvo especial apego por el tondero y la marinera. En sus inicios, contó con las enseñanzas del guitarrista Óscar Avilés y la bailadora Bartola Sancho Dávila. El escritor José Durand la vinculó con el magisterio de Manuel Quintana, *El canario negro*, a quien rindió homenaje en la marinera «Negra quiero ser».

Tras componer el vals «Indio» (1963), Alicia Maguiña empezó a realzar la música andina, con vibrantes interpretaciones de huainos, *huaylas* y otras melodías, en particular de la región de Junín, donde visitó al compositor Zenobio Dagha y participaba como coya en la fiesta de la Virgen de Cocharcas. Casada, madre de dos hijos, divorciada y vuelta a casar con el guitarrista Carlos Hayre, con quien grabó sus principales discos y vivió más de dos décadas, Alicia Maguiña compuso decenas de temas, realizó giras por diversos países, cantó en recitales multitudinarios y en el calor de las peñas criollas de Lima y condujo sintonizados programas. El Estado peruano le otorgó la Orden del Sol, la más alta de sus distinciones. La memoria colectiva de país al que entregó su arte la despide ahora sabiendo que su voz permanece.

<https://www.youtube.com/watch?v=GymbJSpTvkA>
<https://www.youtube.com/watch?v=yuz72p5ea8E>
<https://cutt.ly/8fjZaRc>

AGENDA



HUESO HÚMERO EN LÍNEA

La revista de artes y letras *Hueso Húmero* apareció en Lima, en junio de 1979, bajo la dirección del crítico Abelardo Oquendo (Lima, 1930-2018) y con el apoyo del editor Francisco Campodónico y el sello *Mosca Azul*. A partir del noveno número la codirige el poeta y ensayista Mirko Lauer (Žatec, R. Checa, 1947), fundador con Oquendo del mencionado sello y partícipe del proyecto desde sus orígenes. En el consejo editorial figuraban al inicio el escritor Luis Loayza, el crítico Julio Ortega y el poeta y lingüista Mario Montalbetti (actual codirector), a quienes se sumaron con el tiempo otros autores de diversas disciplinas. El nombre de la revista alude a un poema de César Vallejo («Piedra negra sobre piedra blanca») y, como señala la estudiosa Ina Salazar, permite intuir su triple vocación por la escritura, la pertenencia a una tradición y el talante crítico y renovador, sostenida hasta el presente, a lo largo de más de cuatro décadas. 71 de sus 72 números pueden ser ahora consultados en línea, gracias al esfuerzo de la Biblioteca de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

<https://cutt.ly/5fXmON5>



MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES
DIRECCIÓN GENERAL PARA ASUNTOS CULTURALES



CENTRO CULTURAL
INCA GARCILASO
Ministerio de Relaciones Exteriores
del Perú

Jr. Ucayali 391, Lima 1, Perú
quipuvirtual@rree.gob.pe

www.cincagarcilaso.gob.pe